

hemos hablado de los dólmenes: otra reminiscencia de los sepelios europeos son las bolas de arcilla, del tamaño de una píldora al de una nuez, que se han encontrado á montones en las tumbas de Kurg y que son exactas á las que contienen los antiguos sepulcros de la Gran Bretaña. Los laos y los khas entierran á sus muertos ó los cubren simplemente de corteza. Las armas y utensilios del difunto se colocan en un palo junto á la cabeza del cadáver, y cerca del sitio en que éste está enterrado se construye una choza funeraria.

A veces en la India, en lugar de quemar el cadáver lo arrojan al Ganges, donde sirve de alimento á los peces, ó si se le quema, arrojándose las cenizas al mismo río. En el verano de 1880 murió la esposa del príncipe Tongmupi en Ava (Birmania), exigiendo antes á su marido la promesa de que echaría sus cenizas al Ganges. Con las joyas de la princesa se fabricó una urna de oro, en la cual se depositaron sus cenizas. Cuatro brahmanes fueron con la urna á Benarés, y allí después de varias ceremonias, las arrojaron al Ganges. Después llenaron la urna de agua del río sagrado y la llevaron de nuevo á Ava, donde el esposo afligido la ofreció á una diosa. Creemos oportuno reproducir la siguiente descripción de una cremación solemne. «En el mes de marzo de 1881 se celebró el funeral de la esposa favorita del rey, que se había ahogado con su única hija en el mes de junio del año anterior. Los dos cadáveres depositados en ataúdes de palo de sándalo, fueron llevados el día de la víspera, por sacerdotes y empleados de la corte á un palacio de madera construido con este objeto, y colocados sobre una hoguera de troncos olorosos. La reina llevaba traje europeo, su hija el nacional, y las dos estaban adornadas con sus más preciosas joyas. Durante la noche los oficiales y los criados de corte velaron con artochas encendidas en la casa mortuoria. Por la mañana colocaron sobre la hoguera dos cubos de plata llenos de agua del Ganges, y luego los sacerdotes rezaron las preces de los difuntos. Después entró el rey Tchula Longkom, acompañado de sus hermanos y ministros, rezó breves momentos delante de la hoguera, se despidió de sus amadas difuntas y en seguida prendió fuego á la hoguera con una tea. Cuando todos hubieron abandonado el palacio, los criados de la corte lo incendiaron por sus cuatro costados, y quedó reducido á cenizas con su precioso contenido.»

Los chinos entierran en los campos y forman con tierra

una tumba cónica, que mide de uno á dos metros de alto; la de un emperador medía 10 metros. Los más ricos construyen sepulturas rodeadas de murallas y cipreses. Los funerales de los pobres son sumamente sencillos: cuatro hombres llevan el ataúd y lo sigue la viuda vestida de blanco. Los regalos que en otros tiempos se usaban (con un emperador fueron enterrados 150 trajes completos para que le sirvieran en el otro mundo) han quedado reducidos á una moneda de cobre. La bárbara costumbre de enterrar con los grandes á una parte de su servidumbre, que en el entierro de una emperatriz costó la vida á 30 personas, fué abolida por Kangi.

Los pueblos de Asia no han tenido jamás el cuidado que distinguió á los egipcios por la conservación del cadáver. En Egipto se proporcionaba á los muertos cuanto debían necesitar para entrar en el otro mundo, hasta escritos que debían atestiguar sus méritos ante Dios, y gracias á esta costumbre se han conservado preciosos documentos históricos. Los griegos decían que las casas egipcias eran albergues, y las tumbas moradas eternas. Ciertas particularidades en la fábrica de las celdas mortuorias en tiempo de la cuarta y quinta dinastías, hacen pensar á los arqueólogos que los egipcios tomaron de ellas el modelo de sus cabañas; por manera que las casas de los muertos se parecían á las de los vivos, con la única diferencia que las de aquéllos eran más duraderas.

Por lo demás, la costumbre de los sepulcros de piedra se extiende por todo el Norte de Africa hasta donde llegaron los dialectos hamitas: hasta allí habitan los pueblos en cabañas de ramujos ó de barro ó en tiendas, apareciendo en todas partes el marcado contraste entre las duraderas viviendas de los muertos y las fugaces habitaciones de los vivos.

En el Asia Menor encontramos también las tumbas de piedra construídas como casas y aun como palacios, pero con materiales más resistentes. Los prosélitos del islamismo entierran sus muertos de prisa y sin muchas ceremonias; los cementerios no están rodeados de cercas, los atraviesan los caminos de tránsito; y en un país lleno de antiguos monumentos como es la Persia, raras veces se erigen cenotafios importantes. En estos países el principal cuidado consiste en colocar la cabeza del muerto en dirección de la Meca ó Herbelah ú otro lugar sagrado para las varias sectas mahometanas.

LIBRO SEPTIMO

ANTIGUOS PUEBLOS AMERICANOS CULTOS

CAPITULO PRIMERO

GENERALIDADES SOBRE EL ORIGEN Y EL DESARROLLO DE LAS ANTIGUAS CIVILIZACIONES AMERICANAS

«América es la última parte de la tierra y la más difícil de conocer.»

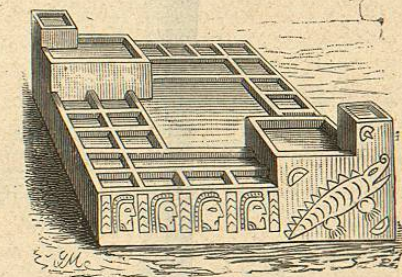
HERDER.

Dificultad de apreciar las antiguas civilizaciones americanas. Comparación entre las de los varios territorios. Grados y centros de civilización y cultura. — Los toltecas. — Emigraciones americanas. — La América primitiva comparada con el mundo antiguo. — Relaciones transpacíficas. — Teoría del origen norte asiático de los americanos. — Relaciones entre América, el Japón y la Polinesia. — Teoría del origen polinesio.

Las antiguas civilizaciones de la América han desaparecido: cuando llegaron á ponerse en contacto con las europeas habían ya dejado de existir sin que de ellas quedaran inscripciones ó dibujos que, como en Egipto y en Asiria, permitieran reconstruir su pasado. Los escritos de estos pueblos hasta ahora son letra muerta, y aunque llegasen á ser descifrados, pocas noticias históricas podrían proporcionarnos. No es la deplorable destrucción de muchos de ellos, efectuada por los conquistadores, ni tampoco la supuesta destrucción de colecciones de cuadros históricos, lo que nos impide deducir una idea exacta de la antigua civilización americana, sino las relaciones de los conquistadores, en parte equivocadas y en parte deficientes. Hay noticias absolutamente falsas hasta en los documentos del Estado; y se puede afirmar que ninguno de los que escribieron la historia de la conquista lo hizo con escrupulosa veracidad. Los primeros pueblos civilizados que encontraron los españoles una generación después de Colón, deslumbraron á los observadores que habían sufrido tantos desengaños entre los pobres caribes, indígenas de la Florida y americanos del Sud. Se figuraron haber encontrado por fin lo que venían buscando por espacio de muchos años. Entonces les pareció reconocer la importancia de la audaz empresa de Colón. Méjico fué el primer país americano que les impresionó, viendo en él una tierra cultivada á la europea, y le llamaron Nueva España. Con este nombre los españoles dieron á la deseada región, rica de oro y de tantos útiles productos, el título más armonioso y honorífico de que podían disponer. Los contrastes en el carácter de la naturaleza, que Cortés experimentó en cinco días de marcha desde Zempoala hasta Naulinco, y que debían impresionar más aún á sus sucesores, en el camino de Veracruz á Puebla, aumentaron la sorpresa y admiración de los conquistadores. Méjico, más que cualquiera otra parte de América, es un país de contrastes. Banelier escribe: «Después de haber morado cuatro meses en el sano Cholula, en que antiguamente vivía una importante raza india independiente, me hice cargo de las vivas impre-

siones que debían experimentar unos guerreros poco ilustrados y sacerdotes llenos de entusiasmo. Después de una larga marcha por las sombrías regiones montañosas, que rodean el volcán de Orizaba, hasta los valles desnudos de Tlaxcala, desde la orilla Norte del río Atoyac, la vista de la fértil llanura elevada de Rohila es encantadora. Muchas veces he gozado de ella y concebido lo que debían experimentar los españoles cuando vieron los grupos de grandiosos edificios esparcidos en las verdes superficies, á la sombra de magníficos árboles, en un marco de plantas desconocidas y en un vastísimo y puro horizonte. Entonces debieron pensar en su hermosa patria, floreciente en aquel tiempo.» Pero ni Tenojtitlán ni Tlaxcala ni Tezcucó eran las grandes ciudades, los importantes Estados que nos describen.

Tales exageraciones nos dan la medida del crédito que merecen algunas indicaciones. Sirva de ejemplo la que copiamos á continuación: «El mercado de Tenojtitlán era visitado diariamente por 60.000 personas; cada vara cua-



Antigua piedra calculadora de Perú. (Según Squier)
1/10 de su verdadero tamaño.

drada de terreno era cuidadosamente cultivada.» Quien conoce el valle de Anahuac sabe desde luego que esto último no puede ser. Los ponderados países de los zapotecas, migas, mayas, chibchas y quechuas están muy lejos de pertenecer á las regiones fértiles de América. Todos consisten en oasis en medio de grandes páramos desiertos. No tenemos noticias seguras acerca del número de habitantes de estos países. Los llamados reinos, como el de los mixtecas, en la orilla Sud del río de las Balsas, no pueden haber sido ocupados por una gran multitud de indígenas, pues en su mayoría no tienen fertilidad alguna y hasta carecen de oasis. Los registros de bautismo de los misioneros están desfigurados, pues los neófitos se hacían bautizar repetidas veces para recibir la recompensa acostumbrada. Había también intereses que obligaban á aumentar el número de los convertidos. El primer obispo de Méjico, Zumárraga, escribió á Tolosa, en el año 1531, que había bautizado 250.000 indígenas; en las copias y en los impresos, este número apareció cuadruplicado. Es sabido que los filántropos exageraron el número de la población indígena para presentar en proporciones más terribles el número de las víctimas y de los esclavos. Las Casas supuso que Tenojtitlán tenía un millón de habitantes y en esta propor-

ción se exageraron las riquezas de los príncipes de estos pueblos. En Cajamarca todavía se puede ver un pequeño edificio con el cuarto que el desdichado Inca prometió llenar de oro para rescatar su vida. Esta promesa arranca por el tormento y el miedo á la muerte á aquel príncipe, es una tradición que se repite todavía para dar una idea de la riqueza de aquellas regiones.

Del mismo modo que los conquistadores alababan el país y el pueblo para ensalzar el brillo de su conquista, los descendientes decaídos alaban las obras de sus antepasados. No es de extrañar que incurran en la exageración. En el Perú

cada piedra removida de su lugar se indica como obra de los Incas, y los ecuatorianos consideran el conocido puente natural de Rumichaca, que atraviesa el río Carchi, como obra de los antiguos.

Las relaciones naturales no bastan para explicar los vacíos y los defectos de la civilización americana. Es muy cómodo echar toda la culpa de ello á los indígenas. En América, se dice, no había en un principio plantas ni animales útiles: en la parte septentrional, el calor está en relación opuesta al riego; la oriental, por donde corren caudalosos ríos, no tiene bastante calor; en la occidental, don-



Antiguas esculturas de madera peruanas (ídolos ó bastones de autoridad?) encontradas en el guano de las islas de Macabi (Cristy Collection, Londres.)

de el Este es muy fuerte, hay mucha sequedad. La América del Sud tampoco es tan á propósito para el cultivo como parece; su vegetación es magnífica, pero sin utilidad á los hombres, porque carecen de animales de labranza para aprovecharla. En suma no quedan más que los países centrales, Méjico, Yucatán, Ecuador, Perú, y éstos hicieron desarrollar gérmenes que han permanecido en estado elemental. Lo que no se comprende es, por qué California y Chile, países fértiles y florecientes hoy día, sin hablar de los países interiores de la América oriental del Norte y del Sud, dada su posición feliz y su clima excelente, no hayan llegado á tener civilización propia. Es posible que la antigua cultura americana no se haya limitado siempre á estrechas llanuras elevadas y territorios aislados. Ha dejado en el Sud de la América del Norte y en las Indias occidentales trabajos aislados, y acaso el terreno de la América del Sud ecuatorial encierre más objetos de los que se hallaron en las últimas excavaciones. Recordamos la observación de Martius: «Sobre las ruinas de la antigüedad americana no se ha extendido el modesto musgo, que cubre los escombros de la grandeza romana y germáni-

ca, como un símbolo de dulce melancolía; acaso en América, sobre los monumentos de pueblos ya desaparecidos, se elevan sombrías selvas que ocultan entre el ramaje y la hojarasca lo que fué edificado por la mano del hombre.» Pero queda siempre el hecho de que los europeos no encontraron más que en el citado territorio pueblos y Estados que les parecieron muy superiores á las razas salvajes, que ocupaban el resto del Norte y del Sud de América. Ante todo, deben tenerse en cuenta las condiciones del clima de la América occidental, que obligan al hombre á trabajar. El Perú, Méjico y Yucatán son países que, como Egipto, Mesopotamia, Persia, y gran parte de China é India, se pueden calificar de fértiles, pero con la condición de que el riego sea abundante. Como allí costaba mucho más trabajo vivir, el elemento fertilizador fué apreciado y venerado. Si en Méjico tardaba en llover, los sacerdotes ayunaban algunos días y subían á un monte consagrado á este único objeto, donde se ofrecían sacrificios; se quemaban las víctimas y se arrojaban al aire las cenizas para obligar á las nubes á desprender la lluvia. Verdad es que no faltaban acueductos para el riego artificial. Innumera-

bles acequias, en el alto Perú, casi todas las cuales están hoy cegadas, parecen haber sido abiertas en la peña en el tiempo de los Incas, habiendo también estanques artificiales cercados de muros, que en la base tienen hasta 25 metros de espesor. Una corriente artificial, que atraviesa el territorio de Gontisaya, llega según se cree á 600 kilómetros de longitud. En Méjico, los llamados jardines flotantes en los lagos que hay alrededor de Tenojtitlán, demuestran el cuidado consagrado á la agricultura. Encima de balsas de zarzales extendíase el limo del fondo del lago, y sobre esta tierra humedecida se plantaban flores y especies alimenticias.

Necesario, aunque no en tan alto grado como en el Perú, era en Méjico el riego artificial, especialmente en todo el territorio que se extendía desde Gila hasta el istmo de Tehuantepec, que como todas esas mesetas es un país en el cual la aridez sólo desaparece allí donde el cultivo ha modificado con los riegos artificiales el carácter natural. Entre los cereales principales, el trigo casi siempre necesita riego, y el maíz puede medrar sin él, pero debe sembrarse al principio de la estación de las lluvias.

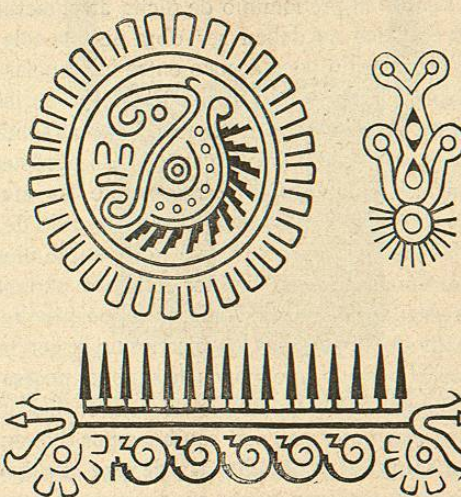
Entre los antiguos pueblos americanos, la agricultura no era tan sólo un medio de alimentación, sino un símbolo de progreso, pues no estaba entregada ni á las clases inferiores ni á los esclavos.

En el imperio inca, su propagación, su mejoramiento y su ennoblecimiento eran fines que perseguían el soberano y los más nobles. Además la agricultura era condición indispensable á la existencia para los territorios que se hallaban rodeados de bárbaros más ó menos nómadas; de aquí la relación íntima que entre ella y los mitos de estas regiones existían. Los mejicanos aprendieron la agricultura de los primitivos habitantes de Anahuac, los chichimekas, pueblo en su origen dado á la caza. Cuando más tarde los aztecas, procedentes del Norte, fueron vencidos por los aztecas, hubieron de refugiarse en las pequeñas islas de los lagos de Tenojtitlán, suspendieron por algún tiempo sus trabajos agrícolas por falta de terrenos suficientes, hasta que impulsados por la necesidad concibieron la idea de establecer en los lagos los campos flotantes. Mas apenas pudieron sacudir el yugo de los tepanecas, comenzaron de nuevo á dedicarse con gran ardor á la agricultura y por esto los españoles hallaron en el siglo XVI en Méjico uno de los países mejor cultivados de América.

La población antigua de América era más numerosa que hoy día, á lo menos en el Perú y Yucatán; así lo demuestran las muchas ruinas que se encuentran allí donde ahora el país es un desierto. Sin embargo, Las Casas exagera cuando dice que los españoles mataron en la provincia del Perú 40 millones de personas. Las partes fértiles del Perú en los valles y en los *bolsones* son muy limitadas, dado el vastísimo territorio falto de vegetación que las rodea. Si los súbditos de los incas construían sus moradas en las montañas para dejar libre el terreno á la agricultura, si abrieron acequias y estanques, si emplearon el abono, no podemos, á pesar de todo esto, calcular más que el doble de la actual población; si el Ecuador, Perú y Bolivia tienen poco más ó menos cinco millones, es probable que el imperio inca tuviera diez. Los datos de los historiadores de la Conquista indican que la población era mayor de la que la tierra podía alimentar. Debía comer poca carne, pues las pocas llamas, vicuñas y alpacas existentes valían demasiado para considerarlos como reses de carnicería, y el alimento vegetal tampoco podía ser abundante.

El antagonismo entre pueblos pastores y agricultores, de que trata la historia del mundo antiguo, es en el nuevo el antagonismo entre tribus nómadas y tribus sedentarias, como se

reconoce á cada paso en la historia de Méjico. En América, lo propio que sucedió en el Irán y Turán, las hordas salvajes del Norte, cuya organización militar estaba muy desarrollada, luchan contra los toltecas. A ellas se puede atribuir alguna participación en la forma política de la antigua cultura americana. La falta de esta política y esta cultura entre las tribus que moraban en un territorio rico en colinas artificiales, sirvió de base para negar que estas obras fuesen suyas. Por lo que se refiere á las pirámides del antiguo Méjico y de los países de los mayas, la prueba resultaría opuesta. Las tradiciones atestiguan el papel importante que el lago Titicaca representó en la historia del Perú; lo atestiguan también las ruinas que hay en sus orillas. Las más importantes fueron las de las lagunas en el alto valle del Anahuac. Refiere una tradición que los aztecas vieron en una isla del lago Chalco un águila que ahogaba una



Antiguos sellos peruanos para marcarse el cuerpo. (Museo para Etnografía, Berlín.) $\frac{2}{3}$ de su verdadero tamaño

serpiente en un nopal, y consideraron este sencillo hecho como una orden de la divinidad, que les mandaba construir una ciudad en aquel punto. Ya se habían refugiado, perseguidos por los enemigos, en las islas de Acocolo al extremo Sud del lago, y empezaron á edificar en la isla indicada por el oráculo. La seguridad de la situación, oportuna para elevar viviendas sobre estacas, los aficionó á ella, á pesar de las grandes inundaciones de fines del siglo XV, y Tenojtitlán llegó á ser centro de una vasta monarquía.

Es sensible la carencia de noticias detalladas relativas á la época de la antigua civilización americana.

La contestación que naturalmente se ofrece á todas las preguntas relativas á la antigüedad de algunas civilizaciones americanas está en la incertidumbre de la base histórica sobre que descansan y que presenta con sobrada frecuencia repetido el hecho de derribar á una de ellas para hacer surgir otra. Está, además, en la semejanza general de los fundamentos de todas ellas, que permite suponerlas procedentes de un mismo origen. Las razones que se alegan para probar la diferencia de edad de las mismas tienen muy poca fuerza. Algunos opinan que el Yucatán precedió á las demás regiones, pues que la época en que Zamna fundó allí una nueva civilización se pierde en la más remota antigüedad. Pero Zamna es un personaje mítico, que